

LA INFANCIA ESPIRITUAL EN LOS PADRES DEL DESIERTO*

Para hacer resaltar la novedad del mensaje de Sta. Teresa del Niño Jesús, sus intérpretes lo oponen fácilmente a la espiritualidad de los antiguos monjes. Uno de ellos sobre todo, el Padre Petitot, ha subrayado nítidamente el contraste entre lo que él llama “el ascetismo de la pequeñez”, de Teresa, y “el ascetismo antiguo o ascetismo de grandeza” practicado y enseñado por los Padres del desierto, que “habían hecho consistir la penitencia, la mortificación y casi todo el ascetismo en la práctica total del silencio, la clausura, el trabajo manual y el ayuno continuo a pan y agua”²¹. Sabemos que Sta. Teresa se muestra a menudo, en su autobiografía y en sus cartas como un “alma pequeña” (MA 223; L 340, 401, 403, 405)²², “un alma muy pequeña” (L 386, cf. DE 314, 349), “la más pequeña de todas las almas” (MA 219,228), “demasiado pequeña para hacer grandes cosas” (MA 235, cf. MA 301), para realizar “las acciones de los santos” (DE 314). Sin embargo, nunca menciona expresamente a los Padres del desierto, excepto una vez, en una conversación con Sor Genoveva: “¡Qué bien ha hecho nuestro Señor en decirnos que hay muchas moradas en la casa de su Padre!... Si existen moradas para las grandes almas, los Padres del desierto y los mártires de la penitencia, debe existir también una para los pequeños” (CSG 42).

Sea que la mención de los Padres del desierto provenga de la misma Teresa o de su hermana, es evidente que, según una costumbre corriente, la expresión designa solamente a los antiguos anacoretas de Oriente que han sobresalido por sus grandes austeridades y que están alistados por ello, entre los “mártires de la penitencia”. En efecto, los más célebres han llevado una vida muy ruda y han hecho llegar su mortificación a un grado asombroso. Pero, en realidad, ellos han sido los que encabezaron y arrastraron a una multitud de más “pequeños” en el sentido teresiano, y sólo por una lamentable generalización se los ha opuesto a los “niños” en el sentido evangélico. En su obra “Vida de los Padres de los desiertos de Oriente” leída en el refectorio del Carmelo de Lisieux en vida de Teresa²³ el P. Miguel Ángel Marín relataba la historia de todos los monjes orientales del siglo IV al VII, incluidos los cenobitas²⁴ y sin excluir los de las comunidades urbanas. Actualmente, nuestro conocimiento de la antigüedad monástica se ha enriquecido

* Traducido de: *Vie Thérésienne*, 45, enero 1972.

²¹ H. PETITOT, *Sainte Thérèse de Lisieux, Une renaissance spirituelle*, Paris, 1925, p. 25. Cf. M. M. PHILIPON, *Sainte Thérèse de Lisieux, Une Voie toute nouvelle*, Paris, 1946, p. 289.

²² Las referencias teresianas aparecen en el texto entre paréntesis con las siguientes abreviaturas: CSG: *Conseils et souvenirs*, 1952. DE: *Derniers entretiens* 1971. L: *Lettres*, 1948. MA: *Manuscrits autobiographiques*, primera edición, 1957. Meester: Conrad de MEESTER, *Dynamique de la Confiance*, 1969. NV: *Novissima verba*, 1927. PA: *Proceso apostólico, Summarium* Roma 1920. Piat: Stéphane PIAT, *Saint Thérèse de Lisieux a la découverte de la voie d'enfance*, 1964. Salvo para PA, las cifras indican las páginas.

- En las notas, se encontrarán las siguientes abreviaturas:

Alph: *Apophtegmes des Pères, série alphabétique* (PA t. 65)

Guy: J.C. GUY, *traduction française des Apophtegmes*, colección “Spiritualité Orientale N° 1, Abbaye Bellefontaine, 1966.

N: *Apophtegmes des Pères série anonyme du manuscrit Coislin 126*.

Compendio: *Recueil ascétique de l'abbé Isaïe traduction française par les moines de Solesmes*, Colección “Spiritualité Orientale” N° 7, 1970.

Sent.: *Les Sentences des Pères du désert*, Solesmes 1966.

Sent. Nouv.: *Les Sentences des Pères du désert. Nouveau recueil*, Solesmes, 1970.

²³ Michel-Ange MARIN, *Vies des Pères des déserts d'Orient, avec leur doctrine spirituelle et leur discipline monastique*, Lyon-Paris 1824. Cf. P. DESCOUVEMONT, *Sainte Thérèse de l'Enfant-Jésus, et son prochain*, 1er. éd. Paris 1962, p. 250.

²⁴ Se pueden encontrar allí (t. 6, pp. 248-380), en especial extractos abundantes de la enseñanza de Doroteo de Gaza y la vida de su discípulo Dositeo, donde podemos descubrir notables semejanzas con la doctrina y la vida de Sta. Teresa. Cf. L. REGNAULT, *En marge d'une édition de saint Dorothée. Sainte Thérèse de l'Enfant-Jésus et les anciens moines d'Orient*, en la revista “Carmel”, 1963, pp. 181-198.

singularmente gracias a numerosas publicaciones de textos y estudios²⁵ y volvemos a la acepción primitiva del término, que se aplicaba exclusivamente a las primeras generaciones de anacoretas egipcios²⁶. En ese sentido hablamos aquí cuando nos planteamos el lugar que ocupaba la infancia espiritual, en teoría y en la práctica, en los Padres del desierto.

* * *

Evagrio y Casiano, que a fines del S. IV vivieron una decena de años entre los monjes de Egipto, nos ofrecen los dos testimonios más antiguos. Uno y otro hablan de la infancia espiritual a propósito de una pieza de la vestimenta monástica que es figura y símbolo de la misma: la capucha. Para Evagrio es el símbolo del amor de Dios, nuestro Salvador, que protege la razón y mantiene viva la infancia en Cristo, contra aquellos que buscan constantemente abofetear y herir. Por eso los que la llevan en su cabeza cantan con toda verdad: “Si el Señor no construye la casa y no custodia la ciudad, en vano se esfuerzan el constructor y el centinela”. Tales palabras engendran la humildad y arrancan el orgullo...²⁷. Casiano ve sobre todo en este vestido usado ordinariamente por los niños, una invitación a los monjes para que los imiten en su inocencia y simplicidad: “De este modo, llevan constantemente, noche y día unas capuchitas... a fin de que imitándolos bajo ese velo, estén atentos en conservar con perseverancia la inocencia y la simplicidad de los niños. Vueltos a la infancia, a todas horas cantan a Cristo con todo su corazón: “Señor, mi corazón no está inflado ni mis ojos son altaneros. No he tomado un camino de grandeza ni de prodigios que me sobrepasen. No, he conservado sentimientos humildes y he levantado mi alma, como un niño destetado hacia su madre”²⁸. Esta cita del salmo 130, nos muestra que Casiano retiene también la lección de humildad que Evagrio sacaba del salmo 126.

En el siglo V, encontramos en el abad Isaías y en la vida de santa Sinclética otros ecos de esta doctrina, pero con referencia al Evangelio. Aunque santa Sinclética y su biógrafo permanecen rodeados de misterio esta obra ha salido ciertamente del ambiente monástico egipcio.

“Que a nadie se le ocurra jactarse, decía la santa monja a sus hijas, de comprender las cosas de Dios a partir de los conocimientos profanos... En efecto, el mismo Señor ha dicho: ‘Dejad que los niños vengan a Mí, porque a los que son semejantes a ellos pertenece el Reino de los cielos’. Y en otra parte: ‘Si no os hacéis como niños, no entraréis en el Reino de los cielos’. Fuiste educado para el mundo, vuélvete loco para Dios”²⁹. El abad Isaías de Escete, personaje también misterioso³⁰ predica a su vez la perfección de la infancia evangélica: “Si te has convertido en un niño, según la palabra del Señor que dice: ‘Dejad que los niños vengan a mí, porque a ellos y a los que son semejantes a ellos pertenece el Reino de los cielos’, te has convertido verdaderamente en una novia para Él y su Espíritu Santo te constituyó heredero...”³¹. La mayor parte del discurso 25 está consagrada a desarrollar preciosamente la manera de realizar la perfección de la verdadera infancia³². Incluso un pasaje de este mismo discurso parece contradecir de antemano la neta distinción establecida por santa Teresa entre “niños” y “Mártires de la penitencia”: cuando el hombre abandona sus pecados y se vuelve hacia Dios, su penitencia lo regenera... “Porque mientras el niño está en el regazo de su madre, ella lo cuida a toda hora contra todo mal; cuando llora le da de mamar... se compadece de él porque ha salido de sus entrañas, lo consuela y lo besa. Si le mostramos al bebé oro, plata, piedras preciosas, o cualquier objeto de este mundo, los mira; pero cuando está prendido del pecho materno, los desprecia. Su padre no lo reta porque no trabaja o porque no va a la guerra, ya que es pequeño y no puede hacerlo... Cuidemos entonces de permanecer al amparo de la penitencia y

²⁵ Cf. REGNAULT, *Connaissez-vous les Pères du désert?* en “La Vie Spirituelle” t. 124, mayo 1971, pp. 609-615.

²⁶ Es el sentido que encontramos, por ejemplo, en un documento del siglo VI, *La Vida de san Sabas* por Cirilo de ESCYTHOPOLIS. Cf. A. J. FESTUGIÈRE, *Les Moines d'Orient*, t. III/2, p. 110.

²⁷ EVAGRIO, *Tratado Práctico*, Prólogo 2, *Cuadernos Monásticos* 37, p. 232.

²⁸ CASIANO, *Instituciones* 1,3.

²⁹ *Vie de Synclétique* 86, “Spiritualité orientale” N° 9, Bellefontaine.

³⁰ Cf. *Dictionnaire de Spiritualité*, art. Isaías de Escete o de Gaza, 1971.

³¹ *Recueil*, p. 159.

³² *Recueil*, pp. 205-210.

alimentémonos de la leche de sus santos pechos. Llevemos el yugo de su enseñanza para que ella cuide de nosotros; y si al combatir contra nuestros enemigos, estos nos derriban, -¡somos tan pequeños!- lloremos delante de ella para que ruegue a nuestro padre que nos vengue de los que nos maltratan...³³.

A pesar de los múltiples problemas que plantean estos autores y sus obras, el estado actual de nuestros conocimientos nos permite considerarlos, no obstante, como otros tantos testigos de una sabia tradición que, más allá de Evagrio, se remonta hasta Clemente de Alejandría y Orígenes, pero que no es extraña sin embargo, a la espiritualidad de los antiguos egipcios y que, en muchos aspectos, no hizo más que sistematizar y presentar con un revestimiento más o menos filosófico y literario la sabiduría práctica de los monjes del desierto.

En lo que se refiere a la infancia espiritual, encontramos la misma doctrina de inspiración evagriana fuera de Egipto, en un Juan Clímaco³⁴ o un Doroteo de Gaza³⁵. Por su parte, Filoxeno de Mabbug tiene dos largas homilias sobre la simplicidad³⁶ que tratan acerca de la infancia espiritual en la línea de Clemente de Alejandría. Pero es en las célebres homilias del pseudo Macario, identificado actualmente con Simeón de Mesopotamia, donde encontramos el texto patrístico más “teresiano”. “El niño de pecho, aunque no pueda realizar nada ni ir en busca de su madre por sus propios medios, sin embargo vuelve y revuelve, grita y llora reclamando a su madre; y la madre se conmueve y se alegra de ver al niño que la busca con tanto ardor y con gritos; y como el niño no puede llegar hasta ella, va hacia él llena de amor, lo abraza, lo acaricia y le da el pecho con gran ternura. Esto mismo hace Dios en su bondad con el alma que desea acercarse a Él...”³⁷. A Santa Teresa le hubiera gustado leer también en otra homilía, un notable pasaje sobre la humildad, como reconocimiento de la pobreza fundamental del hombre y del origen divino de todo bien. -“Este tesoro no es mío, sino que es de otro, que lo ha depositado en mi casa; yo no soy mas que un mendigo, y cuando ese otro quiera me lo pedirá...”³⁸.

Volviendo a los Padres del desierto propiamente dichos, tal como los vemos y oímos directamente en la preciosa colección de sus Apotegmas, debemos reconocer que jamás proponen a los niños como modelos de virtud. Para ellos “los niños son para los monjes, más que las mujeres, trampas del diablo”³⁹. Este peligro no es ilusorio, pero sin embargo un anciano soportaba la presencia de niños turbulentos cerca de su celda⁴⁰, y Poemen comparaba sus voces con las de los ángeles⁴¹. Algunos niños podían estar dotados con una gran ciencia de las divinas Escrituras y a este respecto decía un anciano: “Hay almas que son muy poco maliciosas; cuando desean buscar la sabiduría, enseguida la encuentran”⁴². Dios podía servirse de un niño para transmitir a un monje una buena palabra⁴³ y tanto un ángel santo como un demonio podía tomar la apariencia de un niño⁴⁴. Pero en el conjunto de los Apotegmas encontramos sólo un consejo como éste: “Sé como un niño que recibe las enseñanzas de un maestro y las aprende una por una”⁴⁵. En los Apotegmas lo mismo que para san Pablo (*I Co* 14,20), el niño es generalmente la imagen de la falta de juicio⁴⁶.

¿Debemos extrañarnos al no encontrar en las Palabras de los ancianos ninguna referencia directa

³³ *Recueil*, pp. 223-225.

³⁴ Juan CLÍMACO, *La escala santa*, PG 88,636 D.

³⁵ Doroteo de GAZA, *Instrucción* I,18-19, SC 92, p. 175.

³⁶ Filoxeno de MABBOUG, *Homilias* IV-V, SC 44, p. 157.

³⁷ SEUDO MACARIO, *Homilía* 46, PG 34,793 BC.

³⁸ SEUDO MACARIO, *Homilía* 15, PG 34,601 AB.

³⁹ *Sent. Nouv.* p. 98, N 542-545. Cf. pp. 70-71, N 456-458.

⁴⁰ N° 338, GUY p. 392, N° 207 o *Sent.* p. 241, N° 14.

⁴¹ Alph. Poemen 155, GUY p. 249, N° 163.

⁴² *Sent. Nouv.*, p. 263, Arm. II 148.

⁴³ Alph. Macario 24, GUY p. 176; N 490 A, *Sent. Nouv.* p. 80.

⁴⁴ Alph. Zenón 5, GUY p. 97 o *Sent.* p. 257, N° 7 o *Cuadernos Monásticos* 40, p. 108.

⁴⁵ N 576, *Sent. Nouv.* p. 108.

⁴⁶ *Sent. Nouv.* pp. 232-233, BU II 168; p. 244, BU II 418.

a la enseñanza del Señor sobre la necesidad de volverse como niños para entrar en el Reino de los cielos? Al igual que los otros “silencios” de los Apotegmas⁴⁷, éste puede explicarse por el carácter ocasional de estos dichos escasos y fragmentarios. En vano buscaríamos en ellos toda la espiritualidad de los Padres del desierto, por lo menos su espiritualidad explícita y formulada. En este aspecto, Teresa se asemeja a los Padres, al no hacer tampoco una exposición sistemática de su “camino”, y al no emplear jamás para designarlo una expresión abstracta como la de “infancia espiritual”. Lejos de querer proponer una “enseñanza”, una “doctrina”, parece al contrario negarse a ello cuando escribe a su hermana: “Mi pequeña doctrina, como tú la llamas...” (MA 221).

Ella solamente muestra un camino, un “caminito”, que describe en términos concretos de acuerdo a su experiencia personal enraizada en el Evangelio y guiada por el Señor: “mi camino” (L 393), “mi manera” (L 413), “sigo el camino que Él me muestra” (L 412). Los Padres del desierto hablaban también de sendero y de camino, de la manera de alcanzar la salvación expresándose en forma concreta y práctica, tanto para dirigir a los otros como para describir su propia conducta: «El abad Agathon decía: ‘El Señor me muestra en todo momento el sendero por donde debo andar’»⁴⁸. Ciertamente sería un error pensar que todos los santos ancianos no tenían más que una misma y única vía para ir a Dios y arrastrar en pos de sí a sus discípulos. Sin embargo, a través de las diferencias, incluso de las divergencias que se pueden constatar o adivinar, es más notable el acuerdo profundo que existe entre ellos y santa Teresa, en lo que se considera comúnmente como los elementos esenciales, o mejor dicho, los “componentes” de la infancia espiritual: humildad, confianza, abandono.

* * *

Todos los intérpretes de la doctrina teresiana reconocen el importante lugar que en ella ocupa la humildad. Es “la virtud de base” (Piat 186), «un fundamento, un punto de partida, una condición “sine qua non”» (Meester 297). Y las hermanas y novicias de santa Teresa parecían “reducir la infancia espiritual a la humildad” (Meester 297, n. 32). La Hna. Genoveva afirma que “para nuestra santa, este caminito consistía prácticamente en la humildad” (CSG 36) y que “en las instrucciones particulares a cada una de sus novicias siempre se refería a la humildad” (CSG 20). Sin embargo, Teresa no menciona frecuentemente esta virtud, prefiriendo expresarla y enseñarla por medio de sus manifestaciones. El 28 de febrero de 1889 le escribía a Celina: “¡Qué dicha ser humillada! Es el único camino que conduce a la santidad” (L 112), y algunos meses antes de su muerte: “Sí, basta humillarse y soportar con mansedumbre las propias imperfecciones: esa es la verdadera santidad” (L 405). “Para gozar de los tesoros (divinos), es necesario humillarse, reconocer la propia nada” (L 430). Al afirmar así la necesidad de la humildad, santa Teresa se acerca a los Padres del desierto: a un abad Isaías cuando dice: “Ante todo nos hace falta la humildad...”, o a un abad Poimen que compara la humildad con el aliento vital⁴⁹. Para santa Sinclética “es tan imposible salvarse sin humildad, como construir un barco sin clavos”⁵⁰. Agathon se humilló ante un hermano: “Ha encontrado su camino” dijo el abad Poemen⁵¹. Otro anciano decía siempre: “No hay camino más corto que el de la humildad”⁵² hay que tomar ‘el caminito’ o la ‘humilde vía de Cristo’ para entrar en el reino de Dios⁵³. “En efecto, Cristo dijo: ‘Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón’: considera al que habla así y aprende en su escuela de perfección. Que la humildad sea para ti el comienzo y la perfección de las virtudes”⁵⁴. El abad Juan de la Tebaida dijo: «Ante todo, el monje debe ser humilde, porque es el primer precepto del Salvador: “Felices los pobres de espíritu porque de

⁴⁷ Cf. *Sent.* pp. 2-4.

⁴⁸ *Sent. Nouv.* p. 312, Eth. Coll. 13, 98.

⁴⁹ *Recueil*, p. 49 o *Sent. Nouv.* p. 172, PE I 44, 12; Alph. Poem. 49, GUY p. 226 o *Sent.* P. 219, N° 32.

⁵⁰ Alph. Sinclética S 9, GUY p. 304, N° 18: *Vie de Synclétique* parr. 56.

⁵¹ N 495, *Sent. Nouv.* p. 81.

⁵² *Sent. Nouv.* p. 189, PE III 38,44.

⁵³ Alph. Arsenio 33, GUY p. 39 o *Sent.* p. 254 N° 2, o *Cuadernos Monásticos* 33-34, p. 246.

⁵⁴ *Vie de Synclétique* parr. 57.

ellos es el reino de los Cielos”⁵⁵. El abad Longino observa igualmente que “el Señor había beatificado en primer término a los pobres de espíritu” y que “la humildad es ciertamente la más grande de las virtudes”⁵⁶.

También para santa Teresa la verdadera humildad no es otra cosa que la pobreza espiritual según el evangelio; por eso a ella le gusta utilizar cualquiera de las dos expresiones “pobre de espíritu” o “humilde de corazón” (cf. MA 77, MA 118, MA 273, CSG 18, CSG 35): «Me encanta escuchar esa palabra de Jesús que me dice todo lo que tengo que hacer: “Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón”» (DE 207); es la misma palabra que inspirara a un anacoreta a permanecer en espíritu siempre a los pies de Jesús como María Magdalena⁵⁷. Otro anciano decía: “Sé humilde, no solamente con la boca, sino también de corazón; porque no podemos elevarnos con nuestras obras según Dios, sin la humildad del corazón”⁵⁸.

Santa Teresa, lo mismo que los Padres del desierto, sabe muy bien que las palabras nada son sin las obras⁵⁹: “Vean al pobre Lamennais, ¡había escrito sin embargo tan hermosas cosas sobre la humildad! Todo lo que pueda decirse escribirse no significa nada...” (Piat 186). “Es necesario poner todo de nuestra parte, decía, dar sin regatear, renunciarnos constantemente; en una palabra, probar nuestro amor con todas las buenas obras que podamos. Pero en realidad, ¡qué poca cosa es todo eso! Cuando hayamos hecho todo lo que consideramos nuestro deber, debemos reconocernos siervos inútiles...” (CSG 50). “Aunque hubiera realizado todas las obras de san Pablo, todavía me creería un servidor inútil; pero justamente eso constituye mi alegría, porque al no poseer nada, recibiré todo de Dios” (DE 231), Los Padres del desierto recomiendan frecuentemente no escatimar esfuerzos y hacerse violencia para realizar toda clase de trabajos; pero mucho más todavía insisten en el peligro de apoyarse en las propias obras buenas. Para san Antonio, lo primero es no fiarse de su propia justicia⁶⁰, ya que “muchos monjes cayeron luego de grandes trabajos, por haber contado con sus obras”⁶¹. Si nos enorgullecemos de nuestros actos de virtud, perdemos todo el fruto⁶². Incluso un anciano llega a decir que más vale una derrota soportada con humildad que una victoria llevada con orgullo⁶³.

Es corriente representarse a los Padres del desierto como campeones de la ascesis, que han llevado la mortificación hasta el límite de lo posible. De hecho, algunos han superado incluso, este límite, San Antonio ya lo observaba⁶⁴; pero no vayamos a creer que la ascesis era para ellos toda la perfección. Ella nos conduce sólo por un trecho del camino, decía Poemen⁶⁵, ya que está absolutamente ordenada a la “ascesis espiritual”⁶⁶, que “consiste para el alma en dirigir con rectitud sus costumbres y suprimir las pasiones”⁶⁷. Santa Sinclética distinguía cuidadosamente “la ascesis real y divina”. que no pasa de la justa medida, de “la ascesis tiránica y demoníaca”⁶⁸; ponderaba sobre todo “la gran ascesis” que consiste en soportar la enfermedad con paciencia y acción de gracia⁶⁹, y confesaba que prefería la obediencia a la ascesis, ya que ésta lleva al orgullo y aquella a la humildad⁷⁰. Como afirmaba otra amma: “no es ni la ascesis ni las vigiliassino ningún otro trabajo lo que salva, sino la verdadera humildad”⁷¹. He aquí por qué desde el

⁵⁵ Alph. Juan de Tebaida, GUY p. 146 o *Sent.* p. 215, N° 23 o *Cuadernos Monásticos* 41, p. 231.

⁵⁶ N 558, *Sent. Nouv.* p. 104.

⁵⁷ N 487 (Colación de los doce anacoretas, 4), GUY p. 424.

⁵⁸ *Sent. Nouv.* p. 172, PE I 45,57.

⁵⁹ Cf. Alph. Teodoro de Fermo 9, GUY p. 107 o *Sent.* p. 117, N° 8, *Cuadernos Monásticos* 40, p. 113.

⁶⁰ Alph. Antonio 6, GUY P. 21 o *Sent.* p. 25 N° 2 o *Cuadernos Monásticos* 33-34, p. 236.

⁶¹ Alph. Antonio 37, GUY p. 29 o *Cuadernos Monásticos* 33-34, p. 241.

⁶² Alph. Or 13, GUY p. 389 N° 200 o *Sent.* p. 225 N° 55.

⁶³ N 316, GUY p. 386 N° 184 o *Sent.* p. 230 N° 74.

⁶⁴ Alph. Antonio 8, GUY p. 21 o *Sent.* p. 129 N° 1 o *Cuadernos Monásticos* 33-34, p. 236.

⁶⁵ Alph. Poemen 109, GUY p. 239 N° 111.

⁶⁶ Alph. Juan Colobos 34, GUY p. 130 N° 39 o *Cuadernos Monásticos* 41, p. 221.

⁶⁷ *Sent. Nouv.* p. 239 BU II 324.

⁶⁸ Alph. Sinclética 15, GUY p. 305 N° 24 o *Sent.* p. 152, N° 72: *Vie* parr. 100.

⁶⁹ Alph. Sinclética 8, GUY p. 302 N° 10 o *Sent.* p. 100 N° 17: *Vie* parr. 99.

⁷⁰ Alph. Sinclética 16, GUY p. 306 N° 25 o *Sent.* p. 201 N° 9: *Vie* parr. 100.

⁷¹ Alph. Teodora 6, GUY p. 118 N° 7 o *Cuadernos Monásticos* 40, p. 119.

tiempo de Poemen, las hazañas ascéticas de las generaciones precedentes eran alabadas con reservas⁷², y un anciano decía: “Los Padres entraron por la austeridad; nosotros, si podemos, entremos en el bien por la humildad”⁷³. Otro proponía una comparación que le hubiera gustado a santa Teresa: “Comportémonos en la tentación como la caña que se dobla sin romperse, y no como los cedros poderosos que la tempestad rompe o arranca de raíz”⁷⁴. Un gran anciano como Juan Colobos, practicaba ya la técnica de la huída utilizada por la joven carmelita (MA 270)⁷⁵. El Abad Sísoes decía: “El ayuno es la madre de todas las virtudes pero la humildad de espíritu es en sí misma más grande que todas las virtudes”⁷⁶. Esa humildad de espíritu que, según el abad Poemen, consiste en suprimir el deseo propio y ceder ante el hermano⁷⁷. Un anciano obtiene con un solo acto de humildad, lo que no había podido obtener con 70 semanas de ayunos⁷⁸. El abad Carion decía: “He llevado a cabo muchos más trabajos que mi hijo Zacarías, y no he alcanzado su perfección en lo concerniente a la humildad”⁷⁹. “Mi caminito consiste en no desear ver nada” dirá santa Teresa (DE 218, cf. 303,317,362). Este Zacarías, educado por su padre en el desierto, fue muy pronto favorecido con gracias extraordinarias y visiones. Antes de morir prematuramente fue beatificado por el abad Isidoro; pero ni él ni los que lo rodeaban consideraban que la perfección residía en las visiones ni en los trabajos, sino en la humildad y la sumisión⁸⁰.

Conocemos el vivo deseo de santa Teresa de eclipsarse, de desaparecer a los ojos de los hombres: “Vivir desconocida y no ser considerada fue el programa de su perfección”, declaró la Madre Inés (PA 749); “evitaba todo lo extraordinario, se aplicaba a pasar desapercibida y a permanecer en la mayor simplicidad” (PA 1433). Ella misma confesaba a la Hna. Genoveva: “escondo cuanto puedo lo que hago...” (CSG 32). Se comparaba con un granito de arena: “¡Cuánto desea ser reducido a nada, desconocido de todas las criaturas! ¡Pobrecito, no desea otra cosa que el olvido... !” (L 146). ¿No es esto exactamente ese *apsephiston*⁸¹ al que aspiraban los monjes egipcios, ese deseo apasionado de oscuridad que los había conducido al gran desierto, y que condujo a Teresa al Carmelo? Se decía de los ancianos de Escete “que si alguien sorprendía su práctica, es decir llegaba a conocerla, ya no la consideraban más una virtud sino un pecado”⁸². Especialmente el abad Poemen era conocido por hacer todo en secreto⁸³: “En efecto, decía él un día, lo que el hombre hace en secreto es lo que Dios ama; ¿acaso lo puro no es el trabajo del interior del hombre?”⁸⁴.

Por su parte, santa Sinclética decía: “Un tesoro descubierto se dilapida. Lo mismo sucede con la virtud: en cuanto es conocida y divulgada, desaparece”⁸⁵. Los Padres del desierto, “los hombres más humildes de la tierra”, como se los ha denominado, habían logrado, huyendo así de toda gloria humana, esa perfección de la humildad que consiste en “jamás atribuirse a sí mismo las virtudes que se practican... sino en reconocer que Dios coloca ese tesoro de la virtud en la mano de su niño” (NV 126). Mucho antes que santa Teresa (cf. DE 301 y 317), uno de ellos ya veía la imagen de esta “humildad de espíritu” en el tallo que se dobla bajo el peso de la espiga⁸⁶.

⁷² Alph. Poemen 106, GUY p. 238, N° 108.

⁷³ *Sent. Nouv.* p. 172, PE I 44,11.

⁷⁴ *Sent. Nouv.* p. 172, PE I 42.10 cf. CSG 43-44.

⁷⁵ Alph. Juan Colobos 5-6, GUY p. 121 o *Sent.* p. 50 N° 20 o *Cuadernos Monásticos* 41, p. 217.

⁷⁶ *Sent. Nouv.* pp. 328-329 Eth. Coll. 14,55.

⁷⁷ *Sent. Nouv.* p. 329, Eth. Coll. 14,60.

⁷⁸ N 314, GUY P. 385 N° 182 o *Sent.* p. 229, N° 72.

⁷⁹ Alph. Carion 1, GUY p. 159 o *Sent.* p. 213 N° 16 o *Cuadernos Monásticos*, 41, p. 235.

⁸⁰ Alph. Zacarías 2,4 y 5, GUY p. 98-99 o *Sent. Nouv.* p. 321-322 o Eth. Coll. 14, 34-35 o *Cuadernos Monásticos* 40, pp. 109-110.

⁸¹ “*Apsephiston*”: palabra intraducible, creada especialmente por los monjes de Egipto para expresar la actitud de su alma y su profundo deseo de no ser ya nada a sus propios ojos ni a los ojos de los demás. Cf. *Sent.* p. 16-17 y 222; Isaías, *Recueil* pp. 28 y 292.

⁸² *Sent. Nouv.* p. 186, PE III 26,20.

⁸³ Alph. Poemen 138, GUY p. 245 N° 143.

⁸⁴ *Sent. Nouv.* p. 289, Eth. Coll. 13,7.

⁸⁵ *Vie de Synclétique* o. c. parr. 38.

⁸⁶ *Sent. Nouv.* p. 317, Eth. Coll. 14,20.

Para explicar su “caminito”, Teresa asocia de buen grado el amor a la humildad o a la pobreza de espíritu: “El único bien es amar a Dios con todo el corazón y ser aquí abajo pobre de espíritu” (M 77). “Que tu vida esté hecha enteramente de humildad y amor” (Piat 201). Los Padres del desierto prefieren quizá unir la humildad con el temor de Dios⁸⁷, pero también encontramos expresiones como éstas: “Sé dócil a la gracia de Dios, en espíritu de pobreza y de verdadera caridad...”⁸⁸. “Lo que Dios busca no son ni ayunos ni vigiliass... sino la caridad y la humildad”⁸⁹. “Si el monje se desapruueba en todo con gran humildad y amor de Dios..., encontrará el reposo por la gracia de Cristo”⁹⁰. ¿No es acaso simultáneamente el secreto de los Padres del desierto y de Teresa, el que descubre san Juan Clímaco cuando dice: “Si ves o te enteras de alguien que en pocos años ha adquirido la soberana tranquilidad del espíritu, sabe que no ha caminado por otra vía que esa (la de la humildad), la más dichosa y la más corta. Es una santa asociación la de la caridad y la humildad: en efecto, una eleva y la otra sostiene a los que han sido elevados para que jamás caigan”⁹¹.

Uno de los padres decía: “Todo trabajo es vano sin humildad, porque la humildad es el precursor de la caridad”. Juan era el precursor de Jesús y atraía a todo el mundo; del mismo modo la humildad atrae a la caridad, es decir, al mismo Dios, porque Dios es Caridad”⁹². Sobre este punto sería inútil oponer a Teresa y a los Padres del desierto, afirmando que ella deseaba más bien adquirir la humildad por el amor, como S. Francisco de Sales (cf. *Espíritu de Sta. Teresa*, 1946, p. 3). En el fondo, el amor está ya incluido en ese temor de Dios que los Padres presentan a menudo como el medio fundamental para alcanzar la humildad, ya que en ellos el temor tiene rara vez el carácter “servil” que conserva siempre en el pensamiento de Teresa. Algunas semanas antes de su muerte, la santa escribía al P. Bellière: “Desde que me ha sido dado comprender también el amor del Corazón de Jesús, confieso que ha sido ahuyentado de mi corazón todo temor” (L 412), y en una estampa dirigida a su hermano espiritual: “No puedo temer a un Dios que se ha hecho tan pequeño por mí... Lo amo...” (Piat 281). ¿Cómo no comparar estas palabras con las de S. Antonio: “No temo más a Dios, lo amo, porque la caridad echa afuera el temor”⁹³? Pero sin duda semejante confesión es única en los anales de los desiertos egipcios. En general, los antiguos monjes tenían una idea tan alta de la caridad que presuponía la perfección de todas las virtudes. Como también lo ha observado el P. Hausherr, “se diría que siempre temían confundir el amor de Dios con el pensamiento del amor de Dios. Desconfiando de las palabras que podrían falsificar la caridad, se aplicaban a las obras que la producían”⁹⁴; pero evidentemente entonces ya es el amor el que los anima y los impulsa. Santa Sinclética resumió muy bien su espiritualidad totalmente evangélica diciendo: “En primer lugar, debemos observar lo que hemos aprendido por la gracia del Señor, es decir: ‘Amarás al Señor tu Dios con toda tu alma y al prójimo como a ti mismo’: por allí comienza la observancia de la ley y en ello se basa la plenitud de la gracia... Todo lo útil que puedan decir los hombres por la gracia del Espíritu viene de la caridad y acaba en ella...”⁹⁵. Los Padres del desierto hablan sobre todo del amor al prójimo porque está menos sujeto a ilusión, y está tan ligado al amor de Dios que un anciano puede decir a un hermano que le pide una palabra de salvación: “Te diré una palabra... te bastará para salvarte: Anda, ama a tu prójimo como a ti mismo y todos tus enemigos caerán a tus pies”⁹⁶. ¿No dirá también santa Teresa: “La caridad fraterna lo es todo sobre la tierra? A Dios se lo ama en la medida en que se practica la caridad” (PA 653).

⁸⁷ Cf. Alph. Euprepio 6, GUY p. 92 o *Sent.* p. 29 N° 20 o *Cuadernos Monásticos* 40, p. 106; Juan Colobos 22, GUY p. 127 N° 23 o *Sent.* p. 215 N° 22 o *Cuadernos Monásticos* 41, p. 220; Cronios 3, GUY p. 157 o *Cuadernos Monásticos* 41, p. 234; Poemen 49, GUY p. 226 o *Sent.* p. 219 N° 32.

⁸⁸ Alph. Or 13, GUY p. 389, N° 200 o *Sent.* p. 225 N° 55.

⁸⁹ N 222, GUY p. 357 N° 90 o *Sent.* p. 158 N° 91.

⁹⁰ *Sent. Nouv.* p. 56, N° 416.

⁹¹ Juan CLIMACO: PG T. 88, c. 997 A.

⁹² *Sent. Nouv.* p. 206, R 126.

⁹³ Alph. Antonio 32, GUY p. 28 o *Sent.* p. 245 N° 1 o *Cuadernos Monásticos* 33-34, p. 240.

⁹⁴ I. HAUSHERR, *Penthos*, Roma 1944, p. 55.

⁹⁵ *Vie de Synclétique* parr. 22.

⁹⁶ *Sent. Nouv.* p. 310, Eth. Coll. 13,85.

“¿Cómo podría tener miedo de alguien a quien quiero tanto...? ¡Lo amo! El no me abandonará jamás” (DE 241 y 284). En la medida en que el amor creciente ahuyenta el temor, florece en una inquebrantable e invencible confianza que constituye el corazón de la infancia espiritual, tanto que santa Teresa podía presentar su “caminito” como “la vía de la confianza simple y amorosa” (L 430) y llegaba a escribir: “Mi camino consiste enteramente en confianza y amor” (L 393). Al final de su autobiografía, resume también en estas dos palabras el camino por el que se va subiendo hasta Dios y sabemos que ilustraba su pensamiento con una anécdota extraída de los Apotegmas de los Padres: la historia de la pecadora convertida por el abad Juan Colobos (DE 254 a 272). En este maravilloso relato⁹⁷, es imposible separar al anciano de su penitente, a quien ha sabido inspirar tan bien con pocas palabras “la confianza y el amor”; y no debemos tampoco separarlo de los otros Padres de Escete, a quienes representa, y cuya gestión estuvo determinada por su caridad y su audaz esperanza. No exageramos al afirmar que en él se manifiesta y resplandece el espíritu auténticamente cristiano y evangélico de estos anacoretas. Como escribe alguien que los ha frecuentado largamente: “Nadie tiene una idea más alta, más audaz de la bondad divina que estos Padres del desierto”⁹⁸; a tal punto que parecieran rivalizar en indulgencia regateando para lograr el perdón de los pecados al más bajo precio. Se distinguen entre todos, el abad Poemen y el abad Moisés que afirman en términos casi idénticos: “En cuanto el pecador reconoce su falta y dice: ‘¡He pecado!’, esta desaparece e inmediatamente su Señor se mueve a compasión por él”⁹⁹.

Son innumerables las anécdotas divulgadas sobre este tema. Algunas quizá son inventadas, pero no por eso dejan de atestiguar la firme confianza en la misericordia divina que animaba y sostenía a los monjes del desierto o que los hacía volver a ella luego de alguna defección. De aquellos dos hermanos que se habían ido a buscar una mujer y que se arrepintieron, uno pasa su año de penitencia en el temor, pero el otro lo pasa en acción de gracias, “lleno de alegría, pensando continuamente en Dios”; y aunque los ancianos juzgan que la penitencia de los dos tiene igual valor a los ojos de Dios, sin embargo da la impresión de que le otorgan preferentemente la palma al segundo¹⁰⁰. Sobre todo no vemos aquí teorías, sino la fe y la esperanza vividas en una íntima y profunda comunión con la misericordia infinita de Dios. Y los Padres consideraban su deber mantener en sus discípulos el coraje y la confianza, incluso en medio de todas las pruebas y tentaciones.

Adivinamos que ellos también habían meditado largamente el “Evangelio en el desierto”¹⁰¹ y que, antes que Teresa, habían sacado de allí el secreto de esa confianza humilde y audaz, tan poderosa sobre el Corazón de Jesús: “No hago más que echar una ojeada al Santo Evangelio... Me ubico decididamente no en el primer lugar sino en el último; en lugar de adelantarme con el fariseo, repito llena de confianza, la humilde oración del publicano; pero sobre todo, imito el comportamiento de la Magdalena...” (MA 313). Ya el abad Ammonas aconsejaba a un hermano que conservara siempre en el corazón la palabra del publicano para poder salvarse¹⁰². Un anciano decía a otro hermano: “Ahora que consideras que nada haces bien, eso te basta, hermano, para salvarte, porque eso es humildad. Ya que así fue justificado el publicano que nada había hecho bien”¹⁰³. En efecto, “a menudo la humildad ha salvado a muchas personas, incluso sin trabajo; el publicano y el hijo pródigo, que pronunciaron unas pocas palabras y fueron salvados, son nuestra garantía”¹⁰⁴. En cuanto a la pecadora que se identifica con santa María Magdalena, los Padres recordaban también su ejemplo, y uno de ellos la confundía con María, hermana de Marta, como le gustaba hacer a Teresa (cf. MA 92-93, 149, 228, 311-313; L

⁹⁷ Alph. Juan Colobos 40, GUY p. 132 o *Cuadernos Monásticos* 41, p. 222. Cf. MA pp. 321-322.

⁹⁸ I. HAUSHERR, *Penthos*, p. 26.

⁹⁹ Alph. Poemen 99, GUY p. 237 N° 100, Moisés 18, GUY p. 188 N° 7.

¹⁰⁰ N 186, GUY p. 341 N° 54 o *Sent.* p. 79 N° 34.

¹⁰¹ Es el título de un florilegio dedicado a los antiguos monjes en la colección “Chrétiens de tous les temps”, del P. Plácido Deseille (1965).

¹⁰² Alph. Arnmonas 5, GUY p. 53 o *Cuadernos Monásticos* 40, p. 87.

¹⁰³ N° 550, *Sent. Nouv.* p. 101.

¹⁰⁴ N° 552, *Sent. Nouv.* p. 102.

412): “María, después de haber bañado con sus lágrimas los pies del Señor, mereció oír decir que había elegido la mejor parte”¹⁰⁵.

También los santos del desierto son hermosos ejemplos de confianza en Dios y en su misericordia, como los modelos que nos admiran en el Evangelio. Como Teresa que dice: “No tengo obras...” (DE 207), ellos confiesan al final de sus vidas que no han hecho nada; y sin embargo mueren libres de todo temor, e incluso en la alegría. El abad Matoes decía: “Cuando era joven me decía: ‘Quizás algún día haré alguna obra buena; pero ahora que soy viejo, veo que no hay en mí ninguna obra buena’”. Es que “cuanto más nos acercamos a Dios, tanto más Pecadores nos Vemos”¹⁰⁶. ¿Quién es entonces “aquel solitario que afirmaba: Aunque hubiera vivido largos años haciendo penitencia, mientras me quedara un cuarto de hora, un soplo de vida, temería condenarme” y cuyo temor decía santa Teresa que no podía compartir (CSG 43)? El abad Agathon expresaba sin duda cierto temor en su lecho de muerte, afirmando que sólo se sentiría plenamente tranquilizado cuando se hubiera encontrado con el Señor, Pero es que también él, lo mismo que Teresa “habiendo hecho todo lo posible para cumplir los mandamientos de Dios”, no se fiaba de sus obras ni de sus méritos. “¡Estaba lleno de amor de Dios..., y murió en la alegría!”¹⁰⁷. El abad Sisoes veía venir a su encuentro a san Antonio, los Profetas y los Apóstoles, pero suplicaba a los ángeles que debían llevarse su alma que lo dejaran hacer un poco de penitencia. Y los que lo rodeaban se pusieron a decirle: “¡Pero tú no tienes necesidad de penitencia, Padre!”, “En verdad, respondió el moribundo, ni siquiera tengo conciencia de haber comenzado”. Pero “todos sabían que era perfecto”¹⁰⁸. Un día Sisoes recibió la visita de tres monjes que le participaron cuánto terror les causaba el pensamiento de los tormentos del infierno. Él les respondió humildemente que tenía el corazón duro y que no le había sido concedido pensar en todo eso; pero, decía, “Dios es misericordioso y yo espero que tendrá misericordia de mí”¹⁰⁹. Nosotros sabemos que ese mismo Sisoes había llegado a un sorprendente grado de confianza y de libertad con Dios, hasta el punto de poder decir mientras rezaba por su discípulo que se había caído: “¡Dios, lo quieras o no, no te dejaré hasta que lo hayas sanado! “E inmediatamente el hermano quedó sano”¹¹⁰.

Casiano nos habla de un tal abad Juan que “se iba gozosamente y de buen grado hacia el Señor”, ya que jamás había hecho su propia voluntad¹¹¹. Se contaba de otro anciano muerto en Escete que se había reído tres veces antes de entregar su alma, mientras todo el mundo lloraba alrededor de su cama¹¹². A santa Teresa, de quien su prima decía: “Es tan alegre, que creo que morirá riéndose” (DE 732), le hubiera gustado esta alegría en la proximidad de la muerte. Sobre todo hubiera apreciado una anécdota como ésta: “Un hermano de Pharan llamado Aretas, se había relajado un poco en su vida monástica. Cuando le llegó el momento de morir, algunos de los Padres se encontraban sentados a su alrededor. Y su anciano, viendo que se separaba de su cuerpo con gozo y alegría y queriendo edificar a los hermanos, le dijo: “Hermano, créeme, todos nosotros sabemos que no tenías demasiado celo por la ascesis; ¿cómo es que te vas así, con satisfacción? “El hermano le dijo: ‘Ciertamente, Padre, dices la verdad. Sin embargo, desde que soy monje, nunca que yo sepa he juzgado a ningún hombre, sino que en el acto, el mismo día, me he reconciliado con él. Por lo tanto, tengo la intención de decirle a Dios: Señor, tú lo has dicho: No juzguen y no serán juzgados, y perdonen y serán perdonados’. Todos quedaron edificadas y el anciano le dijo: ‘Ten paz, hijo mío, porque tú te salvarás sin trabajo’”¹¹³.

“Jesús se complace en mostrarme el único camino que conduce a ese gran horno divino; ese camino es el del abandono del niño que se duerme sin temor en los brazos de su Padre...” (MA

¹⁰⁵ *Sent. Nouv* p. 212, Pa. 38,1; N 572; BU I 602.

¹⁰⁶ Alph. Matoes 2-3, GUY p. 189.

¹⁰⁷ Alph. Agatón 29, GUY p. 51 o *Sent.* p. 167 N° 2 o *Cuadernos Monásticos* 40, p. 86.

¹⁰⁸ Alph. Sisoes 14, GUY p. 279 o *Sent* p. 290 N° 6.

¹⁰⁹ Alph. Sisoes 19, GUY p. 281.

¹¹⁰ Alph. Sisoes 12, GUY p. 278 o *Sent.* p. 282 N° 14.

¹¹¹ Alph. Casiano 5, GUY p. 155 o *Sent.* p. 27 N° 10 o *Cuadernos Monásticos* 41, p. 233

¹¹² N 279, GUY p. 373 N° 147 o *Sent.* p. 181 N° 52.

¹¹³ N 530, *Sent. Nouv.* p. 94.

218). El abandono, último elemento o aspecto de la infancia espiritual, no es sino la actitud filial exigida y descrita por el Señor en el Sermón de la Montaña. A decir verdad, la noción de abandono es compleja y puede entenderse de muchas maneras. Ni santa Teresa ni los Padres del desierto determinan su sentido con precisión; pero es posible reconocer su expresión y su manifestación en el modo en que tanto los Padres como la santa, predicán y viven el ideal de aniquilamiento de la voluntad propia y de indiferencia por todo lo que no es Dios o la voluntad divina.

Aunque muchos de los Padres del desierto no practicaron las extraordinarias maceraciones que fácilmente se les atribuyen, todos sin embargo, practicaron y exigieron de sus discípulos una renuncia total a la voluntad propia, que llegaba frecuentemente hasta el heroísmo y a veces hasta el milagro. Se puede decir lo mismo de santa Teresa, cuyos consejos y comportamiento recuerdan a menudo lo que se encuentra en los Apotegmas de los Padres: “Aun cuando la responsable te exigiera que plantaras repollos cabeza abajo, no te quedaría más remedio que obedecer”, le decía a una novicia (Piat 192). Lo mismo que el célebre hermano copista de Escete, quien había interrumpido el trazado de una letra para obedecer con prontitud¹¹⁴, Teresa había dejado inconclusa una palabra en un billete dirigido a una de sus hermanas, al tocar la campana. Ya desde el principio de su vida religiosa se había esforzado por renunciar a sí misma: “Mis mortificaciones consistían en quebrantar mi voluntad” (M 168); pero desde mucho tiempo antes ya le hacía al señor este pedido: “¡Dios mío... temo una sola cosa: conservar mi voluntad, tómalala!” (MA 26) y “obedecía a cada una de sus hermanas sin que jamás se notara en ella la menor sombra de búsqueda de la voluntad propia, que sacrificaba ante la de los demás” (CSG 118). Al final de su vida podrá decir simple y humildemente: “Dios tendrá que cumplir todas mis voluntades en el cielo, porque yo jamás he hecho mi voluntad en la tierra” (DE 256). ¿No es ésta acaso la ley que tan bien había formulado el abad Mios: “Obediencia por obediencia: Si alguien obedece a Dios, Dios le obedece”¹¹⁵ o el abad Moisés: “Cuando el hombre abandona sus voluntades, entonces Dios se pone de acuerdo con él y acepta su oración”¹¹⁶; porque la voluntad propia es el gran obstáculo, es como un muro de bronce entre el hombre y Dios¹¹⁷. Por lo tanto, si queremos que Dios tenga piedad de nosotros, dejemos nuestra voluntad propia y obtendremos misericordia¹¹⁸.

La lógica de Teresa sobre este punto es la misma que la de los Padres del desierto que decían: “Si ves a un joven que se eleva al cielo por su propia voluntad, tómallo del pie y vuélvelo a tirar hacia abajo, porque eso no le sirve para nada”¹¹⁹. Para ellos, la vía estrecha del Evangelio no es sino esa vía de la renuncia a la voluntad propia¹²⁰ y es una especie de martirio¹²¹. Tal es igualmente el “caminito” de Teresa, como lo observa el Padre Piat: «Por más amablemente que Teresa lo presente, el ‘caminito’ es necesariamente ‘el camino estrecho’», (Piat 201). Ella lo decía: “No crean que seguir el camino del amor es seguir un camino descansado” (PA 1357); y un día escribía: “... la energía... es la más necesaria de las virtudes; con la energía se puede llegar fácilmente a la cima de la perfección” (L 298). El P. Conrad de Meester ha subrayado con muy buen criterio que Teresa escribió semejante frase el 31 de julio de 1895 “en pleno período de su descubrimiento del Amor misericordioso” (Meester 344). Es decir que el abandono no solamente no excluye el esfuerzo sino que lo implica en la medida en que el alma lo necesita, para adaptarse y cooperar con la actividad de Dios en ella: “¡Cuánto quiero aplicarme a cumplir siempre, con el mayor abandono, la voluntad del buen Dios!” (MA 211). Lo que la santa denomina abandono, corresponde a menudo a esa virtud tan apreciada por los antiguos monjes, la *amerimnia*, el rechazo de toda preocupación inútil, la loable despreocupación o indiferencia

¹¹⁴ Alph. Marc 1, GUY p. 192 o *Sent.* p. 199 N° 5.

¹¹⁵ Alph. Mios 1, GUY p. 198.

¹¹⁶ Alph. Moisés 17, GUY p. 187 N° 4.

¹¹⁷ Alph. Poemen 54, GUY p. 227 o *Sent.* p. 148 N° 60.

¹¹⁸ N 621, *Sent. Nouv.* p. 147.

¹¹⁹ N 244, GUY p. 363 N° 112 o *Sent.* p. 165 N° 111.

¹²⁰ Alph. Ammonas 11, GUY p. 55; N° 249, GUY p. 364, N° 117 o *Sent.* p. 156 N° 81; *Sent. Nouv.* p. 318, Eth. Coll. 14,23 o *Cuadernos Monásticos* 40, p. 88.

¹²¹ Alph. Pambo 3, GUY p. 258 o *Sent.* p. 200 N° 7. Cf. CSG 117 y 121.

con respecto a todo lo que no es pura y simplemente la voluntad divina, es decir con respecto a las personas, cosas, acontecimientos y circunstancias. “Sé menospreciado, rechaza tu voluntad y quédate sin inquietud” decía el abad Sisoés¹²². Otro anciano le respondía a un hermano que se quejaba de pensamientos que lo perturbaban: “Diles, pues: ‘¿Qué tengo que ver yo con ustedes?’ y encontrarás reposo. Sé tenido por nada, rechaza tu voluntad, no tengas cuidado alguno y los pensamientos huirán lejos de ti”¹²³.

En los Apotegmas de los Padres encontramos otras expresiones análogas, donde se ve que esta actitud está lejos de ser pasiva. Hay que “arrojar todas las preocupaciones en el Señor”, lo cual significa en primer lugar para el monje aislado en el desierto, contar con Dios para su subsistencia material¹²⁴, pero también y sobre todo “confiarse a El con todo el corazón”¹²⁵, en lo que respecta a la vida espiritual, especialmente en las tentaciones, como decía Poemen a propósito de las palabras de Cristo: “No se preocupen por el día siguiente”¹²⁶. Continuamente hay que arrojar en Dios la impotencia¹²⁷ “arrojarse delante de Dios”¹²⁸, “arrojarse en la bondad de Dios” o “arrojarse en Cristo”; “arrójate delante de Dios y dile de todo corazón: ‘Yo no puedo hacer nada’ y Él te socorrerá rápidamente”¹²⁹. Un anciano dice a un monje que le pregunta qué debe hacer con unos hermanos recalcitrantes: “Si no te escuchan, muestra a Dios tu dolor y Él te consolará; porque el servidor de Dios debe arrojar delante de Él y dejar de lado sus voluntades. Pero cuida que tu preocupación sea según Dios...”¹³⁰. Esto hace pensar en santa Teresa cuando decía que en su tarea con las novicias “sólo buscaba contentar a Dios, sin desear que sus esfuerzos tuvieran fruto” (CSG 8); “Como vi que la tarea era superior a mis fuerzas, me arrojé en los brazos de Dios...” (MA 284). En el fondo es recurrir a Dios y apoyarse únicamente en Él para triunfar en las dificultades y las pruebas y para cumplir su voluntad con humildad, confianza y abandono. El abad Poemen decía: “Arrojarse delante de Dios, tenerse por nada y rechazar toda voluntad propia, he ahí los instrumentos del alma”¹³¹. ¿Son acaso diferentes los componentes de la infancia espiritual?

Los Padres dicen: “Arrojarse ante Dios” mientras que Teresa habla de ir “a arrojar en los brazos de Jesús” (MA 313). Quizás nos parezca ver aquí una diferencia de actitud, y tanto más porque la misma santa subrayó que su ideal no era el niño a los pies del Señor, sino el niño en sus rodillas (DE 238, CSG 39), que besa su rostro antes que sus pies (CSG 46-47). ¿No consistirá quizás la novedad del “caminito” en el predominio de la confianza y la ternura sobre la humildad y el respeto? Sin embargo, no ignoran los Padres que el Dios a quien recurren es Cristo Jesús. En el abad Isaías, por ejemplo, encontramos esta expresión: “Aquél que se arroja ante Jesús con todo su corazón”¹³² y Teresa habla tanto de los “brazos de Dios” como de los “brazos de Jesús” (MA 284; cf. DE 230, 242, 364). Tanto en los Apotegmas como en los textos teresianos, a menudo “se impone claramente la identificación de Dios con Jesús” (Meester 309). De ahí la siguiente expresión de un anciano: “Sin trabajo no se puede poseer a Dios, ya que El ha sido crucificado por nosotros”¹³³. Por tanto la actitud es exactamente la misma, simbolizada sobre todo por el verbo “arrojarse”, que denota la confianza humilde y el abandono del niño que se refugia junto a su padre o en los brazos de su madre. Los Padres del desierto, en sus escasas y breves palabras, no podían mostrar su alma y descubrir los secretos de su vida profunda como lo haría Teresa en su autobiografía, sus cartas y sus “últimas conversaciones”. Sin embargo, algunas frases entresacadas de los Apotegmas, permiten vislumbrar el lugar que ocupaba Cristo

¹²² Alph. Sisoés 43, GUY p. 286 N° 41 o *Sent.* p. 29 N° 17.

¹²³ *Sent. Nouv.* p. 213, M 40.

¹²⁴ N 392/31, *Sent. Nouv.* p. 121, *Sent. Nouv.* p.338, Eth. Pat. 444.

¹²⁵ Isaías, *Recueil* p. 29.

¹²⁶ Alph. Poemen 126, GUY p. 243 N° 128.

¹²⁷ Alph. Agatón 21, GUY p. 49 o *Cuadernos Monásticos* 40, p. 85.

¹²⁸ Alph. Poemen 146, GUY p. 247 N° 154.

¹²⁹ Isaías, *Recueil*, p. 29.

¹³⁰ N 318, GUY p. 386 N° 186 o *Sent.* p. 230 N° 76.

¹³¹ Alph. Poemen 36, GUY p. 224 o *Sent.* p. 219 N° 34.

¹³² Isaías, *Recueil* p.131.

¹³³ Alph. Elías 7, GUY p. 103 o *Cuadernos Monásticos* 40, p. 112.

Jesús en el corazón de los antiguos monjes egipcios¹³⁴. “Jesús, ten piedad de mí; Jesús ayúdame...” ésta era su oración incesante¹³⁵. El abad Dióscoro respondía sencillamente a un sacerdote que le preguntaba por qué había dado a un mendigo la mejor de sus dos túnicas, la que usaba para la liturgia: “Le darías tú la peor a Jesús?”¹³⁶. Juan Colobos se contenta con decir dulcemente a la pecadora que quiere convertir: “¿Qué le reprochas a Jesús para haber llegado a esto?”¹³⁷. Un demonio que había atormentado a Sarra durante años le confiesa finalmente su derrota: “¡Me has vencido, Sarra!”; y la valiente Amma le replica: “No soy yo quien te ha vencido sino Cristo, mi Maestro”¹³⁸. Los escasos actos y palabras que conocemos de esta mujer fuerte entre todas, nos revelan a un personaje poco común, pero muy cercano a Teresa por su humildad, su simplicidad y su sorprendente familiaridad con “su” Jesús: “Cierta día Amma Sarra encontró un arroyito en su camino y lo saltó. Un seglar que la vio se puso a reír. Ella, sin tener conciencia de la potencia de Dios en su interior, dijo a ese hombre: ¡Detente, vas a reventar! Y volviéndose, lo vio tendido con el vientre abierto. Aterrada, rezó: ‘Jesús mío hazlo revivir y de ahora en adelante no volveré a pronunciar palabras semejantes’”¹³⁹.

“Resolví permanecer en espíritu a los pies de la Cruz...” (MA 109). En esto sobre todo se asemeja santa Teresa a los Padres del desierto; entre otros podemos citar a aquel santo anciano que “permanecía en espíritu llorando allí donde había sido crucificado Cristo”, mientras que un hermano y una virgen cometían un pecado a su lado¹⁴⁰, o al abad Poemen que deseaba llorar siempre junto a la Cruz, con María, la Madre de Dios¹⁴¹. El mismo abad Poemen decía: “El llanto es la vía que nos indican la Escritura y los Padres... No hay otra vía más que esa”¹⁴². ¿Pero es esta vía tan diferente del “caminito”? Luego de haber descubierto en la Escritura “el único camino... el abandono del niño...”, Teresa exclamaba: “...sólo nos resta callarnos, llorar de agradecimiento y amor...” (MA 219). De hecho, habiendo llegado, como ella misma lo confiesa, a la perfección del abandono (DE 242), lloraba mucho durante los últimos meses de su vida (cf. DE 882 y 887. Índice: palabras “lágrimas” y “llorar”) de arrepentimiento, pero aún más de agradecimiento y amor (L 397-398).

* * *

¡Lejos de nosotros querer negar la originalidad de santa Teresa y de su doctrina! Pero nos ha parecido que acercarla a sus grandes antepasados, que siempre han sido honrados en la tradición carmelitana, de ninguna manera significaba despreciar su genio. Desde el siglo IV, algunos cristianos fervientes se fueron a vivir a las soledades de Egipto, rivalizando en ardor con los monjes, en lo referente a la renuncia, la ascesis y la oración. Si Teresa Martin hubiera vivido en esa época, fácilmente nos la imaginamos abandonando su Normandía a fin de llegar a aquel desierto lejano a donde soñaba ir con su hermana Paulina (MA 60), luego de haber jugado “a los solitarios” con su prima (MA 56). Nos la imaginamos también discípula y émula de aquella Amma Sarra que replicaba a dos venerables ancianos que habían ido a aconsejarla: “¡Soy mujer por naturaleza, pero no en el espíritu!”¹⁴³. Pío XI lo decía: “¡Qué varonil y viril es... santa Teresa del Niño Jesús es un gran hombre!” (Piat 363). “Un bebé que es un anciano”, había hecho observar ella misma a su hermana (PA 770). “Habiendo llegado a ser más prudente que los ancianos (MA 247), pudo a su vez “señalar a los otros un camino seguro de salvación” (Piat

¹³⁴ Esto se ve mejor aun en la obra del abad Isaias, *Recueil* p. 31-37.

¹³⁵ Alph. Elías 7, GUY p. 103; *Sent. Nouv.* p. 293, Eth. Coll. 13,26, p. 298; Eth. Coll. 13,42, p. 299; Eth. Coll. 13,43 o *Cuadernos Monásticos* 40, p. 112.

¹³⁶ *Sent. Nouv.* p. 284, Ch. 260.

¹³⁷ Alph. Juan Colobos 40, GUY p. 132 o *Cuadernos Monásticos* 41, p. 222.

¹³⁸ Alph. Sarra 2, GUY p. 298 o *Sent.* p. 69 N° 11.

¹³⁹ Apotegma conservado solamente en una versión latina del siglo VII, publicado recientemente Por J. G. FREIRE, *A Versão latina por Pascasio de Dume dos apophtegmata Patrum*, Coimbra 1971, T. I, p. 305.

¹⁴⁰ N 13, *Sent. Nouv.* p. 16; cf. p. 221, BU I 141.

¹⁴¹ Alph. Poemen 144, GUY p. 246 N° 151.

¹⁴² Alph. Poemen 119, GUY p. 242, N° 121.

¹⁴³ Alph. Sarra 4, GUY p. 298 o *Sent.* p. 152, N° 73.

350) e “iluminarles el camino que conduce a Dios”¹⁴⁴.

monje de Solesmes

¹⁴⁴ *Sent. Nouv.* p. 182, PE III 2 B, 22.